

SALMO XXIII.

1. La tierra, y todo lo que en ella se contiene, al Señor pertenece: suya es su redondez, y todos los que la pueblan.

2. Porque él con solo su querer la sacó de la nada; y alzó su superficie sobre las corrientes de los ríos, y sobre las aguas de los mares.

3. A vista de un poder y grandeza tan incomprendible, ¿quién será el que pueda subir al alto lugar, donde el Señor mora, ó entrar en su santuario?

4. Solamente el que en sus acciones y deseos es enteramente puro; el que no emplea vanamente su corazón en las perecederas criaturas: el que jura sinceramente, y cumple á su prójimo lo que ha jurado.

5. Este será el que merecerá las bendiciones del Señor, y el que recibirá los frutos de la misericordia del Dios su Salvador.

6. Tal es el linaje de aquellos, que sola-

mente buscan hacer en todo la voluntad del Señor, y procuran servirle con un ardiente deseo de llegar á verle y poseerle.

7. Abrid ya las puertas de vuestra ciudad, ó príncipes de la celestial Jerusalém: y vosotras, ó puertas eternas de los cielos, abrid, para que entre el Rey de la gloria.

8. Si me preguntais, ¿qué Rey de la gloria es este, que aquí llega tan glorioso? os respondo, que es el Señor fuerte y poderoso, que con tanta gloria ha triunfado de todos sus enemigos.

9. Por tanto abrid, príncipes, las puertas de vuestra ciudad: y vosotras, puertas eternas, abrid para dar entrada al Rey de la gloria.

10. Y si de nuevo me preguntais, ¿qué Rey de gloria es este, que aquí viene? os vuelvo á repetir, que el Señor de todos los ejércitos, ese mismo es el Rey glorioso, que aquí llega.

SALMO XXIV.

1. A vos, Señor, tengo levantado mi corazón: en vos, Dios mio, tengo puesta toda mi confianza: no permitais, no, que quede avergonzado, viendo frustrados mis deseos:

2. Ni que tomen de aquí motivo mis enemigos, para burlarse de mí, y escarnecerme. Porque yo sé, que ninguno hasta ahora en vano perseveró implorando vuestra asistencia.

3. Caiga la confusion sobre todos aquellos, que vana é injustamente intentan oprimir al inocente.

4. Mostradme, Señor, y hacedme conocer los caminos que conducen á la vida, las sendas estrechas, por donde vos quereis que yo vaya.

5. Guiadme por el camino de vuestra verdadera doctrina, y amaestradme para que jamás me aparte de él: porque vos solo sois el que me podeis dar la salud, y de vos solo con paciencia y resignacion he esperado el remedio de todas mis necesidades.

6. Acordaos, Señor, de tantas y tan grandes obras de vuestra misericordia, de aquellas piedades, de que en todos los siglos habeis dado muchas pruebas á los mortales.

7. Echad en olvido los desvarios y flaquezas de mi ciega juventud; y lo que pequé por ignorancia, ó poca precaucion:

8. Acordaos, Señor, de mí, no por lo que yo merezco, sino por sola vuestra bondad y misericordia.

9. Justo es el Señor; pero al mismo tiempo está lleno de piedad: por manera que á los que se extraviaron del camino, les pondrá delante su ley, para que se arrepientan, y le busquen.

10. Y á los humildes, que se someten á su yugo, no solamente les mostrará sus caminos, sino que los acompañará, para que no le vuelvan á perder.

11. Luego que estos arreglan sus vidas, para seguir enteramente su santa ley y mandamientos, ven por experiencia, cuan misericordioso es, y cuan fiel en cumplir todas sus promesas.

12. Á la gloria de vuestro nombre interesa, Señor, el que me perdoneis los muchos y gravísimos pecados, que he cometido.

13. ¡Ó qué pocos son los que temen al Señor! mas ¿cuán dichoso es aquel, que tiene este santo temor, y á quien el mismo Señor hace conocer su voluntad en el estado de vida, que ha escogido por su gracia?

14. Este tal gozará pacíficamente, mientras viviere, de toda suerte de bienes, que el cielo derramará sobre él; y estos mismos quedarán á sus hijos, para que los posean despues de su muerte.

15. El Señor es la fuerza, y firme apoyo de los que le temen; y les revelará los secretos de su divina palabra y voluntad.

16. Mis ojos estarán siempre fijos en el Señor; porque él es el que me ha de sacar de todos los lazos, con que están presos mis pies.

17. Por tanto, Dios mio, dignaos de volver hácia mí vuestras piadosas miradas: compadecedme de este pobre, que se ve solo y abandonado á la mayor miseria.

18. Esta os hago presente, y como se han multiplicado las interiores aflicciones de mi alma, y las duras necesidades, que padezco,

para que no dilateis venir á sacarme de ellas.

19. Ved el espantoso abatimiento, y estado trabajoso, á que me veo reducido: perdonadme todos mis pecados, que son la causa de esto.

20. Mirad como ha crecido el número de mis enemigos, y cuan injusto y poco razonable es el mortal odio, que me tienen.

21. Guardad, pues, mi alma, y libradme de sus manos: no padezca la confusion de verme

abandonado. No temo tal cosa, pues en vos solo tengo puesta mi esperanza.

22. Esta firme y constante esperanza, de que me habeis de salvar, es la que ha obligado á los buenos, y á todos los que conocen su deber, á que se unan conmigo, y no me dejen en este apuro.

23. En vista de esto, librad, Dios mio, á vuestro pueblo de todas sus angustias y tribulaciones.

SALMO XXV.

1. Hacedme, Señor, justicia en esta causa, puesto que no veo en mí cosa, que me arguya la conciencia. Como espero únicamente en el Señor, proseguiré constante en mi inocencia hasta conseguir mi libertad.

2. Probadme, Dios mio, y sondead mi alma: examinad al fuego de la afliccion todos mis pensamientos y deseos.

3. Nada temo, que hagais conmigo esta prueba; porque tengo siempre á la vista vuestra misericordia, y hallo toda mi alegría en obedecer sinceramente á la verdad de vuestra santa palabra.

4. Nunca he querido tener comercio con hombres vanos y falaces: ni en adelanté me mezclaré con los que se emplean en obrar cosas injustas.

5. He aborrecido las juntas de toda gente profana y maliciosa; y evitaré siempre toda comunicacion con la impiedad.

6. Lo que apetezco, si, Dios mio, es vivir con los justos é inocentes; y lavar con ellos mis manos, para asistir en su compañía á los

acostumbrados solemnes sacrificios, que se os ofrecen en vuestro altar.

7. Para oír las voces de los cantares, con que ensalzan vuestro santo nombre, y para poder contar todas vuestras maravillas.

8. Bien sabeis, Señor, cuanto he amado yo siempre lo que forma toda la hermosura de vuestra santa casa, y el lugar donde reside la augusta majestad de vuestra gloria.

9. No querais, no, Dios mio, confundirme, ni que perezca entre esos impíos, entre esa gente cruel y sanguinaria.

10. Cuyas manos están todas llenas de iniquidad, y que pervierten por un vil interés toda la justicia.

11. Bien sabeis, que me he conservado con un corazón puro é inocente, muévaos esto á piedad: ponedme en libertad, y alzadme este duro destierro, en que me veo.

12. Mi pié no ha torcido un paso del camino derecho de vuestros preceptos: por tanto llevadme al lugar, en donde juntamente con vuestros fieles pueda cantar vuestras grandes misericordias.

SALMO XXVI.

1. El Señor es el que me alumbró en medio de las tinieblas, y el que me saca salvo de todos los peligros; ¿á quién, pues, podré temer?

2. El Señor vela en defensa de mi vida; ¿qué cosa habrá, que pueda intimidar mi corazón?

3. ¿Cuántas veces se acercaron á mí mis enemigos con ánimo de abalanzárseme, y despedazándome hartarse de mis carnes como fieras?

4. ¿Cuántas me tuvieron cercado los que cruelmente me persiguen; y deshechos é inutilizados todos sus esfuerzos, los vi postrados y caídos?

5. Vengan, pues, contra mí ejércitos enteros; que nada temerá mi corazón.

6. Embistanme ya escuadrones ordenados: que aun en medio del combate no perderé mi esperanza.

7. Nada de esto me asusta. Una sola cosa es, la que he pedido al Señor, y esta le pediré una y muchas veces: que me deje vivir y descansar en la casa del Señor todos los dias de vida, que me quedan;

8. Para contemplar y gozar las delicias inefables, que comunica á los que allí le sirven, para visitar con mas frecuencia su santo templo.

9. Ya en otro tiempo, cuando me vi lleno de afliccion, y perseguido; me dió asilo sagrado en lo mas retirado de su tabernáculo.

10. Si en el seguro de su tabernáculo me escondió; y despues me ensalzó en la guarida de una peña; y dándome ahora una nueva prueba de su proteccion, ha hecho, que prevaleciéssse sobre mis enemigos.

11. Por esto he rodeado ahora su altar, y he ofrecido en su tabernáculo un sacrificio de jú-

bilo, y de acción de gracias; y no cesaré de ensalzar al Señor con alegres cánticos de alabanzas.

12. Sí, Dios mío, cumplidme este deseo, y atended al tierno afecto, con que gritando os lo pido. Os muevan á piedad mis ruegos, y escuchadlos.

13. No son solo mis labios, los que os hablan, es también mi corazón. Mis ojos por todas partes os buscan, y no quieren otra ocupación, que la de buscaros y contemplaros.

14. No me torzáis el rostro; no os retiréis de vuestro siervo como airado.

15. Acudid, como siempre lo habeis hecho, á socorrerme: no me dejéis, Dios y Salvador mío, ni me desecheis.

16. Aun mi mismo padre y mi madre se han visto obligados á abandonarme: por esto el

SALMO XXVII.

1. Á vos, Señor, Dios y fortaleza mía, clamo y clamaré sin cesar: no os hagáis sordo á mis ruegos: porque si así lo haceis, y no me acudis, puedo ya contarme con los muertos.

2. Oid, Señor, la voz de mi humilde súplica, puesto que para orar á vos, tengo tendidas mis manos hácia el lugar de vuestro santuario.

3. No sea mi suerte igual con la de los impíos; ni me confundáis, y acabeis con los que hacen una especie de profesión de cometer la iniquidad.

4. De los que muestran á su prójimo paz y amor en el semblante, pero que abrigan pérfidos en sus pechos cruel guerra, y odios implacables.

5. Tratadlos vos, como merece sus obras, y según la malignidad que encubren en todos sus designios.

6. Dadles el pago, que merecen las obras de sus manos: haced que recaiga sobre ellos toda su malicia.

SALMO XXVIII.

1. Vosotros, ilustres Israelitas, á quienes Dios ha escogido por sus hijos, traed, traed luego tiernos corderillos, para ofrecerlos al Señor.

2. Glorificadle y honradle, tributando á su augusto nombre dignos sacrificios de alabanzas: adorad al Señor en el atrio de su santo tabernáculo.

3. Oid el estampido asombroso de su voz: ved como la voz del Señor resuena en medio de negras nubes, amenazando con un diluvio de aguas á la tierra.

4. Ved cómo la voz del Señor, acompañada

Señor me ha recogido, y tomado por su cuenta.

17. Dirigid, pues, mis pasos por el camino, que he de seguir, y guíadme vos mismo por una senda derecha, para que no caiga en manos de mis enemigos.

18. No me entreguéis á la voluntad de los que violentamente me persiguen: porque veo, que se han levantado contra mí falsos testigos, que con mil negras calumnias y mentiras pretenden arruinarme.

19. Yo, Dios mío, tengo una firme esperanza, de que he de volver á la amada patria, asiento de los justos, á disfrutar pacíficamente las verdaderas delicias de la casa del Señor.

20. No desmayes, corazón mío: muestra valor, y resiste entre tantas penas, y espera con paciencia, que no te faltarán las promesas del Señor.

7. Y por cuanto no han querido reconocer las obras del Señor, ni las maravillas de sus manos: por tanto los derribaréis, sin esperanza de que puedan volver á levantarse.

8. Bendito sea el Señor, que se ha dignado de escuchar los ruegos de su humilde siervo.

9. El Señor es el que me asiste, y me defiende: en él ha puesto siempre mi corazón toda su esperanza, y siempre le he hallado pronto á mi socorro.

10. Y he sentido revestirse mis miembros de un nuevo y no acostumbrado vigor: por tanto con el mas tierno afecto daré alabanzas á mi Dios.

11. Confesando, que el Señor es la fortaleza y la gloria de su pueblo, y el que tantas veces ha defendido y salvado á su Ungido.

12. Salvad también, y dad, Señor, la bendición á vuestro pueblo, al pueblo, que es vuestra heredad: sed su guía, y haced que cante eternos triunfos de todos sus enemigos.

de una fuerza y majestad toda divina, infunde respeto do quiera que se oye.

5. Ved la facilidad con que la voz del Señor hace rajas los cedros; los cedros mas robustos y empinados del Líbano.

6. Y cómo los reduce á astillas con la misma facilidad, con que despedazaría á un tierno becerrillo, ó al hijo amado de unicornios, de los que retozan, y se crían en el mismo monte.

7. Ved cómo hace que se abran las nubes, y se ve romper de ellas fuego, para caer sobre la tierra.

8. Haciendo que se estremezca todo, el de-

siervo de Cades al estruendo espantoso de sus truenos:

9. Y que se adelanten á parir las ciervas. Á la fuerza de sus rayos hace, que se descubra lo mas espeso y sombrío de los bosques: por tanto todos en su santo templo engrandecerán á una voz su majestad y poder.

10. El Señor, como eterno Rey, y árbi-

tro supremo, tiene las tempestades y aguaceros en su mano: él les da la ley, y las gobierna.

11. El Señor dará también valor á su pueblo, para que triunfando de todos sus enemigos logre los frutos de la paz, y de sus paternales bendiciones.

SALMO XXIX.

1. Yo te ensalzaré, Señor, por haberos declarado mi protector, no permitiendo, que mis enemigos tuviesen el gusto de prevalecer contra mí.

2. Imploré, Señor y Dios mío, vuestro socorro; y luego misericordioso, acudisteis á darme la salud.

3. Me concedisteis, Señor, la vida, y no quisisteis que fuese del número de los que descienden al sepulcro.

4. Vosotros, fieles siervos del Señor, unios conmigo, para cantar en su honor un cántico de reconocimiento, y para celebrar la santidad de su nombre, y su grande misericordia.

5. Es verdad que castiga airado, para satisfacer á su justicia: mas también es verdad que aplacado, quiere piadoso que vivamos.

6. Lo que por la tarde son llantos y gemidos, por la mañana se ve convertido en gozo, y en cánticos de alegría.

7. Yo, cuando me veía en el mayor colmo de mi dicha, tuve la flaqueza y vanidad de creer, que sería inalterable el estado feliz, en que me veía.

8. Mas sin advertir, ni reflexionar, que á

vuestra voluntad y fortaleza debía, Dios mío, toda la prosperidad que gozaba.

9. Esto me lo hicisteis bien conocer, retirándome vuestro rostro: y yo en el momento me vi lleno todo de amargura, y consternado.

10. Escarmentado con mi propio mal, me volví entonces á vos clamando, y os dirigí estos mis humildes ruegos.

11. ¿Qué me aprovechará, os decía, el haber vivido, si antes de tiempo voy á caer en el sepulcro, para ser hediondo pasto de gusanos?

12. Reducido así á polvo, ¿podré yo cantar vuestras alabanzas, y publicar la verdad de vuestras promesas?

13. El Señor entonces lleno de compasión oyó mis gemidos, me alargó luego la mano, y me concedió su auxilio.

14. Enjugásteis mis lágrimas, y cambiando mi luto en dulce risa, me llenásteis el corazón de placer y de alegría.

15. Para que mi alma pudiese cantar ya sin el menor pesar vuestras alabanzas. Por tanto, Señor y Dios mío, eternamente confesaré y ensalzaré vuestro augusto nombre.

SALMO XXX.

1. En vos, Señor, tengo puesta mi esperanza; no permitais, que padezca una eterna confusión. Justo sois, y como tal libradme de los que injustamente me persiguen.

2. Dignaos de inclinar vuestros oídos, y escuchar mis ruegos y clamores: acudid prontamente á sacarme de mis males.

3. Experimente, y halle en vos un Dios, que me defienda; un asilo seguro, adonde pueda refugiarme y salvarme.

4. Porque vos sois toda mi fortaleza, y mi único refugio; y por la gloria de vuestro nombre seréis el que me saqueis de los peligros, y el que me proveais de todo lo necesario.

5. Vos, que me habeis dado repetidas y claras pruebas de vuestra protección, me libráis ahora de los ocultos lazos, que tienen armados contra mí.

6. Yo por mi parte pongo, Señor y Dios mío, mi vida en vuestras manos: muchas veces tengo experimentado vuestro favor, y la verdad y fidelidad de vuestras promesas.

7. Yo sé que aborreceis á los que sin fruto buscan las vanidades y falsos oráculos, y dan crédito á supersticiosos agüeros:

8. Mas yo solo en vos aseguro mi esperanza: en vuestra misericordia me gozaré solamente, y hallaré todo mi consuelo.

9. ¿Cuántas pruebas tengo de esta vuestra misericordia? ¿cuántas veces os habeis vuelto á mirarme en el estado de abatimiento, á que me tenían reducido? ¿cuántas sacásteis mi alma de los afanes que padecía?

10. ¿Y cuántas, teniéndome cerrado mis enemigos, me salvásteis de entre sus manos, por un camino ancho y seguro, por donde vos mismo me guiábais?

11. En vista de esto, ¿cómo no acudiré, Dios mio, á implorar ahora vuestra misericordia, viéndome de nuevo angustiado y afligido? La grande congoja, en que me ha puesto el furor de mis enemigos, ha oscurecido la luz de mis ojos, y ha penetrado hasta lo íntimo de mi corazón y de mi alma.

12. Porque veo desfallecer mi vida de pura pena, y pasaré mis años en gemir y suspirar continuamente.

13. Mis fuerzas se han debilitado con la miseria y aflicción; y se hallan en la mayor turbación todos mis huesos.

14. Me veo en mayor oprobio, que todos mis enemigos, y principalmente lo soy para mis vecinos y deudos: mis conocidos me desconocen, y temen manifestar que lo fueron.

15. Los que me solían visitar en mi casa, y los que me veían fuera, huyen ahora mi encuentro, ó vuelven la vista á otra parte por no mirarme.

16. Dan á entender, que me tienen enteramente borrado de su corazón, del mismo modo, que si ya no estuviera entre los vivos. En fin he llegado á ser para ellos como una vasija de barro, que hecha pedazos se arroja á la calle por inútil.

17. No oigo por todas partes sino injuriosos baldones de las gentes, que me cercan: no contentos con esto tienen sus congresos para ver, qué medios han de tomar para despojarme de este miserable resto de vida, que me queda.

18. Mas yo, Dios mio, en medio de tanto afán tengo en vos puesta toda mi esperanza: una y mil veces repito, que vos sois mi Dios, y de vos solo dependo, para que hagais de mí lo que quisiéreis.

19. Si lo teneis á bien, libradme de las manos de estos mis enemigos, que tan violentamente me persiguen.

20. Haced que la hermosa luz de vuestros piadosos ojos brille sobre vuestro siervo: vuestra misericordia es la que me ha de

salvar: no me retire de vos sin ser oído, puesto que con humildad os he invocado.

21. Padezcan eterna confusión los impíos, y para gloria de vuestro nombre sean sepultados en el infierno. Enmudezcan los labios engañosos.

22. De aquellos que abusan de su poder, y llenos de fausto y de orgullo oprimen al inocente, y urden negras calumnias contra el justo.

23. ¡Ó cuán grande es, Señor, la abundancia de vuestras dulzuras y delicias! la teneis, Señor, reservada para aquellos, que os temen.

24. Se las haréis gustar perfectamente á todos los que en vos esperan, á vista de todo el mundo, que verá y admirará vuestra largueza.

25. No los perderéis de vista, poniéndolos en lugar seguro y retirado, adonde no puedan alcanzar, ni inquietarlos las violencias de los hombres.

26. Y estando al cubierto de vuestra protección, nada temerán las calumnias de las lenguas maldicientes.

27. Bendito sea el Señor, que tanto ha señalado conmigo su misericordia, cuando en ciudad bien guardada abrió á mi huida un asilo muy seguro.

28. Me vi en el colmo de mis males, y como transportado, y fuera de mí mismo, llegué casi á temer, que me teniais abandonado, y que no os debía ni siquiera una mirada.

29. Mas no fué así: porque luego que me oísteis clamar, acudisteis piadoso á consolarme.

30. ¡Ó vosotras, almas santas, que temeis al Señor! amadle mas y mas de todo vuestro corazón: porque al paso que buscará la fidelidad de sus siervos para remunerarla, dará su pago á los rebeldes y soberbios, abatiendo y domando su vano orgullo.

31. Por tanto haced frente á los peligros, no desmaye vuestro corazón en medio de ellos: que segura teneis la victoria, esperando en el Señor.

SALMO XXXI.

1. ¡Ó dichosos aquellos, que han logrado el perdón de todas sus culpas, sepultando las el Señor en eterno olvido!

2. ¡Dichoso el hombre, á quien Dios no mira ya como á pecador, y que sigue el camino derecho, y no una conversión simulada y mentirosa!

3. Por no haber yo pedido perdón de mi pecado, y rehusado confesarlo por una detestable vergüenza, vi aumentarse mi desdicha, y consumirse mis huesos: lo que me hacía pasar los días en continuos gritos.

4. Porque vos, Dios mio, me hicisteis sentir día y noche el peso de vuestra mano: violentas agitaciones y crueles remordimientos de conciencia, á manera de espinas me punzaban, y me hacían revolver de una parte á otra, sin hallar paz ni sosiego en cosa alguna.

5. Hasta que rompiendo por vuestra gracia aquel detestable silencio, manifesté de plano mi pecado, confesé sin excusa mi injusticia.

6. Pequé, dije, contra vos: perdon, Dios mio: y vos con inefable piedad en el mismo punto, que le pedi, me lo concedisteis.

7. En vista de tal indulgencia, que habeis usado conmigo, ¿cómo no se llegarán á vos en tiempo de hallar vuestra misericordia, todos los que siendo pecadores, desean volver á vuestra amistad?

8. Se llegarán sin duda, y cuando todo lo inundan las impetuosas aguas de vuestra indignación, se verán en seguro, y libres de ser arrebatados de la corriente de sus días.

9. Vos sois á quien me acojo, para que me saqueis de la tribulación, en que me veo: vos, que sois toda mi alegría, salvadme de los males, que me cercan.

10. Vos os dignasteis de hablarme al corazón, y decirme: No temas, no, que yo te haré conocer todos los peligros: yo te serviré de fiel guía por este nuevo camino,

en que has entrado, y en ti tendré mis ojos siempre fijos, para que otra vez no te extravies.

11. ¡Ó hijos de los hombres! no os mostréis fieros é indómitos, semejantes al caballo y al mulo, sin razón ni entendimiento.

12. Si rehusais acercaros á vuestro Dios, y bajar la cabeza para recibir suave yugo, sabed, que por último pondrá en vuestra boca un duro freno, con que domará severo vuestro orgullo.

13. Al paso mismo, que descargará multiplicados azotes sobre el pecador, amparará con su misericordia al que con firme esperanza le buscare.

14. Por tanto alegraos, ó justos, y regocijaos en solo el Señor; y poned en él toda vuestra gloria, todos los que le servís con rectitud de corazón.

SALMO XXXII.

1. Alabad, justos, al Señor con alegres cánticos: á los que caminan en rectitud de corazón delante de Dios, pertenece el alabarle.

2. Tomad el laud y celebrad su grandeza: tañed con el salterio de diez cuerdas dulces himnos á su gloria.

3. Entonad un nuevo cántico á su agosto nombre: esforzad vuestras voces, para publicar y cantar sus misericordias.

4. Porque fiel es el Señor en sus palabras y promesas; y esta fidelidad brilla constantemente en todas las obras de sus manos.

5. Es justísimo y rectísimo en sus juicios: mas su misericordia modera el rigor de sus sentencias, y los efectos de ella se han dejado ver en todos tiempos por toda la tierra.

6. Á una sola palabra del Señor fué fabricada la solidez de los cielos: y á un solo aliento de su boca salió de la nada todo el hermoso ejército de brillantes astros, que los adornan.

7. Encerró, como en un vaso, las aguas de los mares, y en las concavidades de la tierra, que son como sus receptáculos, contiene sus abismos.

8. Tema al Señor toda la tierra, y todos los que habitan en su redondez adórenlo, y tiemblen en su presencia.

9. Porque él fué el que dijo: Hágase; y todo al punto fué hecho: él lo mandó, y todas las cosas con solo su querer fueron criadas.

10. Él hace, que se desvanezcan los designios de las naciones: deshace los vanos é inútiles proyectos de los pueblos; y reprueba las soberbias ideas y resoluciones de los príncipes mas poderosos.

11. Por el contrario sus decretos se cumplen

infaliblemente: á sus designios no hay ningún poder, que pueda oponerse; serán siempre ejecutados sin resistencia.

12. ¡Dichosa aquella nación, que reconoce y adora por su Dios á un Señor tan grande y poderoso! ¡Venturoso aquel pueblo, que el mismo Señor escogió para amarle y poseerle, como heredad propia suya!

13. Desde el cielo inclinó el Señor sus ojos hácia la tierra, y miró, sin que se escondiese ni uno solo de su vista, á todos los hombres.

14. Desde aquella alta y eterna morada suya, que ya en la fundación del mundo preparó para todos sus amigos, atiende y vela sobre cada uno de los que habitan en la tierra.

15. El es el que señaladamente, y uno por uno formó los corazones de todos los mortales; y por consiguiente tiene un exacto conocimiento de todas sus obras.

16. El es el árbitro de la paz y de la guerra: en vano fiará un rey en el esfuerzo y valor de sus tropas numerosas: de nada servirá á un gigante la fuerza extraordinaria, y robustos miembros en que se apoye.

17. La firmeza y agilidad del caballo mas veloz y vigoroso no sacará á salvo al que lleva sobre sí, si no le asiste el Señor, ó si le tiene por contrario.

18. Solo él es el que ha de salvar: mas solamente pone sus ojos sobre aquellos que le temen, sobre los que enteramente á él se abrigan, y se dejan en las manos de su misericordia.

19. Á estos acude con especial providencia, para librarlos de la muerte, y para que